

Paco Villar, *Historia y leyenda del Barrio Chino. Crónica y documentos de los bajos fondos de Barcelona, 1900-1992.* Barcelona: La Campana, 2009

El jueves 26 de enero de 1939 las tropas franquistas ocupaban Barcelona. El 10 de febrero la Guerra Civil finalizaba en Catalunya. Se iniciaba entonces una posguerra marcada en el ámbito político por una represión violenta y desmesurada y por una reespañolización cultural implacable, y en el ámbito económico por una escasez de productos alimenticios, de materias primas industriales, de energía y de todo tipo de maquinaria.

Fueron años de racionamiento, del plato único, de pan adulterado, de la tarjeta de fumador, de restricciones eléctricas, de falta de carburante, de cierre de fronteras... Era la época en que cada día llegaban a Barcelona trenes sobrecargados de inmigrantes y en que el barraquismo se imponía al desarrollo económico. La tuberculosis y el tifus exantemático hacían estragos. La mendicidad aumentaba de manera espectacular. José Esteban Vilaró, en una serie de reportajes aparecidos en el semanario *Destino*, más tarde incluidos en el libro *Un mundo insospechado en Barcelona*, publicado en 1945, señalaba: «La Comisaría de Beneficencia, instalada en la calle del Carmen barcelonesa, es como la criba por donde filtrarse diariamente el detritus humano de la urbe. Se recogen mensualmente en la vía pública de unos quinientos a mil mendigos de toda especie. Podrían recogerse hasta dos mil, pero dificultades de todo orden, entre las que se destaca la del acondicionamiento, impiden retener este contingente». Barcelona era una ciudad acribillada por el hambre.

En contraste con esta miseria generalizada, y como consecuencia directa de la formación de un mercado negro, estaba lo que podríamos denominar «el mundo de los especuladores», donde el dinero circulaba a raudales. [...] Los estraperlistas animaron una vida nocturna barcelonesa que, poco a poco, fue abandonando su tradicional ubicación para trasladarse a otros puntos de la ciudad. La calle Nou de la Rambla era un pasado prácticamente muerto. [...] El Paral·lel ya no atesoraba aquel perfume tan peculiar que había creado leyenda. El férreo clima moral imperante apenas dejaba espacio para los espectáculos picantes. Los tímidos intentos de artistas y empresarios eran cortados de raíz por los censores de la Delegación Provincial de Educación Popular. Se imponían multas por doquier. En 1949 la Bella Dorita era denunciada por modificar los textos de las canciones *La Pecera* y *El Mosquito* en su actuación en El Molino: «En la letra de *La Pecera* ha sido sustituido el nombre del pez llamado raya por el de cigala, palabra esta última que tiene en el idioma catalán un doble significado harto conocido. En cuanto al cuplé *El Mosquito*, si bien en cuanto a la letra se ha ajustada la artista al texto, lo ha hecho acompañado de gestos demasiado gráficos. Se levanta las faldas dejando tan sólo al cubierto el pubis por un pequeño triángulo de seda». [...]

El Barrio Chino, inmerso en una miseria espeluznante, quedaba aislado. La posguerra y las nuevas tendencias le asestaban un golpe casi mortal. Era ya sólo una especie de zoco cochambrosísimo y deprimente; la sede del más pobre mercado que ha conocido Barcelona en muchos años. [...] En el Barrio Chino se daban cita la miseria de la inmigración y la miseria de la delincuencia. Las crueles condiciones de vida en la posguerra convirtieron sus calles y rincones en un muestrario de pobreza desahogada. Al atardecer se podían ver grupos de desahuciados buscando refugio para pasar la



TEATRE NACIONAL
DE CATALUNYA

Victòria

noche en pisos deshabitados, en solares llenos de escombros, en fincas derruidas, en cuevas, en obras en construcción. El aspecto de aquella gente era espeluznante: los más favorecidos vestían andrajos y calzaban alpargatas; otros llevaban el cuerpo envuelto en periódicos y utilizaban cartones y paños enrollados como zapatos; muchos iban con el cráneo rapado debido a los piojos. Eran gente derrotada, sin esperanzas, devorados por el hambre y todo tipo de enfermedades. La vida en esas angostas calles no tenía ningún valor. El gran número de fallecimientos acontecidos en la década de 1940 y en buena parte de la de 1950 así lo indicaba. [...] No había lujos en el Barrio Chino. En las calles, las estraperlistas vendían barras de pan y tabaco. En las d'en Cirés, Arc del Teatre, Montserrat, Migdia y algunas más, se apelotonaban tenderetes y puestecillos ambulantes en los que se expendían toda clase de comestibles, aceite o jabón.